

La carne del cisne

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

En cubierta: fotografía de © Carlos González Ximénez

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Teresa Cardona, 2023

© Ediciones Siruela, S. A., 2023

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

www.siruela.com

ISBN: 978-84-19744-78-4

Depósito legal: M-17.996-2023

Impreso en Cofás

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Teresa Cardona

LA CARNE DEL CISNE

 Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

A Pedro

«El cisne tiene el plumaje nívoo, pero la carne negra. Alegóricamente el color nívoo del plumaje denota el efecto de la simulación por la cual la carne negra es escondida, porque el pecado de la carne es velado mediante la simulación».

HUGO DE FOLIETO

Prólogo

San Lorenzo de El Escorial, noviembre de 2016

Había llovido durante toda la noche y la teniente Karen Blecker se despertó con frío. Recordó que el brigada Cano, el segundo que le habían asignado al llegar, ya la había avisado mientras compartían una caña en la plaza de la Cruz de San Lorenzo, rodeados por un muro de granito y los soportales que protegían los comercios de la lluvia y el sol. Bajo la luz otoñal y ante su mirada escéptica había exclamado *carpe diem* y explicado que los mayores del pueblo ya venían diciéndolo desde hacía días: que el invierno se les echaba encima. Karen pensó que, con la interrupción de unos pocos días de lluvia, casi había olvidado lo que era el cielo encapotado y supuso que Cano, como de costumbre, exageraba, y que disfrutarían todavía un poco del largo y dorado otoño antes de caer en el duro invierno escurialense.

Levantó la cabeza y observó la oscuridad por la ventana abierta. Tiritó, echó de menos el edredón gordo de invierno y gruñó al posar el pie en el suelo helado. La habitación rezumaba humedad, Karen cerró la ventana y recordó con nostalgia el cálido suelo del piso de Madrid. Ya había cumplido un año en España desde que abandonó Europol y se mudó desde La Haya, y se preguntó por qué no se había percatado el año anterior del brusco cambio estacional. Recordó entonces que el último otoño vivía en la capital, donde los cambios eran menos radicales que en la sierra. Encendió la luz y pensó en cómo había sido en primavera: también pasaron del abrigo

a la manga corta en un día. En Centroeuropa, las estaciones extremas, verano e invierno, eran mucho más cortas y el período de entretiempo abarcaba casi todo el año. Se preguntó si el uso español de la palabra «entretiempo» no implicaba una duración más corta y, al igual que en Holanda llovía a menudo ya en verano, siendo el sol siempre una sorpresa bienvenida, en España irrumpía el frío sin avisar. Subió el termostato de la cocina y fue a buscar unos calcetines al dormitorio. Intentó atisbar por la ventana, pero una espesa niebla había sustituido a la lluvia, y el exterior no era más que una masa lechosa. Se sentó ante el ordenador y contestó unos correos. Terminó un informe, se estiró y miró la hora. La niebla seguía igual y no había notado lo tarde que era. Se metió en la ducha y decidió no lavarse el pelo, aunque sí se obligó a embadurnarse con crema. Cada vez tenía la piel más seca, pensó, pero a lo mejor también era la diferencia de clima entre el permanente húmedo tiempo centroeuropeo y la sequedad continental de la Comunidad de Madrid. En Holanda, un día cargado de humedad hubiese sido lo habitual en una mañana de noviembre, pero desde su traslado se había habituado a los luminosos días azules y soleados, y la niebla le parecía una extraña interrupción. Suspiró y ante el espejo intentó apreciar los cambios en su cara. No se veía nada, su rostro ovalado seguía igual, pero ella se observaba todos los días. Y, por mucha crema que utilizase y por mucho deporte que se obligase a hacer, su piel no tenía la firmeza de antes. Tiró de ella desde las orejas y se vio rejuvenecer. Cogió enfurruñada el tarro de crema otra vez y se dio una segunda capa bajo la barbilla. Max, su exmarido, le hubiese dicho que había pasado del estado de princesa al de reina. Rezongó, sintiéndose más bien emperatriz, y fue a coger el abrigo cuando su teléfono vibró y el nombre del brigada José Luis Cano se iluminó.

—Karen, si no has salido, no bajas al cuartel, que te voy a buscar. En diez minutos estoy ahí. Si quieres, te acerco unos churros; estoy en el centro del pueblo.

Karen aceptó y, con el antiguo radiador de hierro ya bien caliente, pensó que le gustaba San Lorenzo. Cuando se mudó a España, decidió quedarse en Madrid y subir y bajar todos los días al puesto de la sierra, diciéndose que tendría la posibilidad de disfrutar de la vida en una gran ciudad, de volcarse en museos y de ir a cines y teatros. Cuando le sorprendió el tórrido verano de la capital, Cano le había encontrado, un poco a las afueras del pueblo, una antigua casita de granito dentro de una finca más grande que, según le habían explicado, habían utilizado los guardeses. Estaba en un extremo de un jardín que debía de haber sido magnífico pero que ahora se ahogaba, sin cuidar, en la eterna pinaza que caía de los árboles. Cuando la alquiló, se propuso mantener, por lo menos, parte de la propiedad limpia; sin embargo, pasadas unas semanas de continuo barrer se había circunscrito a su zona y al camino que llevaba hasta la casa. Aunque no era grande, tenía una pequeña terraza de piedra en la que había pasado unas buenas veladas con Cano, con el que cada día se entendía mejor. El brigada José Luis Cano, que había sido en un principio reticente a trabajar con ella, se había acabado convirtiendo en una pareja perfecta. Era impulsivo y vehemente, pero Karen se tuvo que confesar que probablemente ella era a veces demasiado fría y analítica. Aunque la teniente había planeado volverse a Madrid al terminar el período estival, lo posponía cada semana, hasta que los dueños de la casita, aburridos de sus continuas llamadas, le ofrecieron un buen precio por quedarse todo el año. Karen no lo dudó, pensó que con buen tiempo podría disfrutar de la sierra y aceptó, aunque ya estaban a finales de noviembre y no había bajado a Madrid más que para ir a una exposición y visitar a sus padres. Terminó de recoger y le dio al botón de encendido de la máquina de café cuando oyó el chirriar del antiguo portón, más fiable que cualquier timbre, anunciando la llegada del brigada. Abrió la puerta y le dejó pasar. Era un hombre alto y delgado, de unos treinta y cinco años, con una nariz muy prominente y con los huesos de la cara marcados.

—Menudo tiempesito, ¿eh?

Karen se arrebujó en la chaqueta de lana como respuesta, sacó la leche ya caliente y un plato para los churros. Hizo dos cafés, mezcló el de Cano con la leche, se sentaron a la mesa, y el hombre asió su taza para calentarse las manos.

—Tu porra y dos churros —dijo el brigada señalando una bolsa de papel.

—¡Cano! —respondió Karen enfadada—. No seas así, hombre. Ya sabes que, si me lo como todo, después no me puedo mover...

El brigada lanzó una carcajada.

—Están recién hechos.

Karen lanzó un resoplido y mordió la porra. Estaba crujiente y el interior perfecto, blando pero sin estar crudo y todavía caliente. Suspiró de placer y bendijo a los «nuevos churreros», instalados en un pequeño local bajo una escalera de la calle del mercado. Sonrió y pensó en las diferentes concepciones del tiempo en San Lorenzo; la «nueva churrería» llevaba casi veinte años abierta, cuando el matrimonio de Paqui y Antonio habían retomado el negocio que siempre había sido de un churrero que ahora, jubilado, paseaba por el pueblo con su perrito.

—Hace un frío que pela —observó Cano.

—He subido la calefacción —confirmó Karen— y ya he puesto varias veces la chimenea...

—Pues ve acostumbándote, que nos viene lo peor... Y todavía no ha empezado a llover de verdad...

Karen sonrió.

—Hombre, a lo mejor nos toca algún día soleado más.

—¡Ni se te ocurra pensarlo! Como no llueva ahora, nos quedamos sin agua el resto del año. Hay un dicho que dice que...

El sonido del teléfono le interrumpió. Cano escuchó, gruñó y colgó.

—Mi teniente, tenemos un muerto en la carretera del club.

Karen se sobresaltó, San Lorenzo era un pueblo, y una muerte entre sus habitantes era algo excepcional.

—¿Un accidente?

Cano negó con la cabeza mientras recogía sus cosas. La teniente agarró el abrigo, buscó, con un suspiro, los guantes en el cajón y abrió la puerta de la calle. Una bofetada de humedad unida a la espesa niebla los sorprendió. Las hojas de los castaños cubrían el suelo y amortiguaban aún más los sonidos de la calle, silenciosa por el tiempo, pero también por la estación, que había devuelto a San Lorenzo su población habitual tras multiplicarse durante el período estival. Cano había aparcado directamente ante su verja, ventajas también del invierno serrano, en el que la mayoría de las casas de los veraneantes que habitaban el barrio del Plantel estaban cerradas y, con ello, las plazas de aparcamiento, libres. El brigada encendió las luces antiniebla y arrancó.